

MUJER Y NUEVO FEMINISMO. EL MENSAJE DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Conferencia pronunciada en Irún, el 26 de abril de 2002

A medida que pasa el tiempo, más nos sorprende la hondura y actualidad del mensaje de San Josemaría Escrivá. En concreto, en el tema que voy a tratar, "Mujer y nuevo feminismo", resulta especialmente sorprendente comprobar, hasta que punto, el Beato Josemaría se adelantó a su tiempo. Y digo esto porque, leyendo los textos en los que hace referencia al lugar de la mujer en la sociedad, se puede comprobar que sus líneas maestras se encuentran en concordancia con las concepciones más actuales y más coherentes del feminismo.

Comprendió muy bien la importancia del papel de la mujer en la sociedad actual, su riqueza y su específica aportación, lo que Juan Pablo II denominó "el genio femenino". Supo ver que el futuro de la Iglesia está, en gran medida, en manos de la mujer. Pero, al mismo tiempo, no cayó en los excesos y equivocaciones de algunos movimientos feministas que se han ido sucediendo, como, por ejemplo, el feminismo radical. Por el contrario, defendió, con gran clarividencia, lo que muchos comprenden ahora: sólo un feminismo que sepa reconocer, al mismo tiempo, la igualdad y la diferencia entre el varón y la mujer (lo que actualmente se denomina modelo de la reciprocidad, corresponsabilidad y complementariedad), puede realizar una aportación realmente positiva a la sociedad, ya que parte, no de ideologías, sino de la realidad.

A lo largo de esta exposición voy a defender esta tesis, intentando mostrar, hasta que punto se puede considerar a San Josemaría un pionero en este tema. Para ello, voy a seguir el siguiente esquema:

1. En primer lugar, me aproximaré a los orígenes y objetivos del primer feminismo o feminismo liberal. Intentaré explicar en que contexto ideológico surgió, cuales fueron sus principales logros y sus más claras insuficiencias.
2. En segundo lugar, intentaré exponer algunos nuevos planteamientos sobre el lugar de la mujer en la sociedad, destacando, especialmente, la aportación del mensaje de San Josemaría.

Como saben, a diferencia de lo que ocurrió en la Baja Edad Media, en la época Moderna la mujer fue excluida, progresivamente, del ámbito de lo público. Así, se le negó la posibilidad de participar en la vida política, económica y cultural. Resulta llamativo que esta exclusión fuera apoyada por los intelectuales más relevantes de la época. De hecho, muchos conocidos filósofos dedicaron su tiempo a reflexionar sobre la inferioridad de la mujer. Así, por ejemplo, Hegel nos ha dejado páginas en las que nos intenta ilustrar y, al mismo tiempo justificar, las razones en las que se apoyaba la marginación de la mujer. En su obra Filosofía del Derecho, afirmó:

"El varón representa la objetividad y la universalidad del conocimiento, mientras que la mujer encarna la subjetividad y la individualidad, dominada por el sentimiento. Por ello, en las relaciones con el mundo exterior, el primero supone la fuerza y la actividad, y la segunda, la debilidad y la pasividad".

También en su Fenomenología del Espíritu, había contrapuesto la familia, el ámbito de lo privado, a la vida pública. Afirmaba que el varón es como el animal, activo y seguro; la mujer como la planta, pasiva e indefensa. De ahí deducía que el hombre debía buscar su realización en la vida pública, lugar en el que era capaz de desarrollar todas sus capacidades y posibilidades naturales. Sólo en el campo público el varón lograría su plena realización personal, en la medida en que estuviera dispuesto a morir o a matar por el Estado.

Afirmaba, por otro lado, que el hombre adquiere su dignidad y se eleva por encima de los animales, no cuando alumbró la vida, como hacen las mujeres, sino cuando está dispuesto a entregarla por el Estado. Por ello, en la sociedad debe tener primacía el sexo fuerte, el que es capaz de matar, frente al sexo débil, que alumbró y cuida la vida. El estudio, la cultura, la investigación, la política, la economía, etc. debían ser, por lo tanto, cotos reservados al varón. Es más, advertía que admitir el acceso de la mujer a estos campos equivaldría a la ruina de los mismos. La mujer, de acuerdo con sus limitaciones, debía ceñir su actividad al espacio privado, fundamentalmente a la familia. Esta se convierte en un campo reservado, en exclusiva, a las mujeres.

Tal discriminación de la mujer en la cultura, la investigación, la política, la economía, etc. tuvo consecuencias muy negativas, no sólo para su vida personal, sino también para toda la sociedad.

Frente a esta situación surgió el primer feminismo -o feminismo liberal-, cuya defensa de la igualdad de derechos entre hombre y mujer llevó a cabo una aportación innegable. En este sentido, merece destacarse la obra de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*. En ella encontramos una clara defensa de la igualdad de la mujer y de su capacidad para participar en las actividades hegemónicas de la época moderna: la ciencia, la política, la cultura y la economía. Simone también se opuso a todos los atropellos a los que, tanto en la vida pública como en la privada, se sometía a la mujer.

Este feminismo tuvo consecuencias sociales muy positivas, que han llegado hasta nuestros días: el logro del derecho al voto, de una mayor igualdad en los ámbitos familiar, político, laboral, jurídico, económico, etc. Por ello, se puede afirmar que su valor permanente radica en la valiente defensa de la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer.

Sin embargo, este primer feminismo tuvo también claras insuficiencias, cuya influencia también ha llegado hasta nosotros. Ello se debió, fundamentalmente, a que realizó una defensa de los derechos de la mujer desde una posición que asumía, acríticamente, los principios imperantes en la época moderna. Así, siguiendo a Ballesteros, los presupuestos de los que se partía eran, fundamentalmente, dos:

1. En primer lugar, se defendía la existencia de una contraposición entre el ámbito de lo público y el de lo privado. De este modo, se consideraba que, lo que realmente realiza al ser humano, no se encuentra en el ámbito privado, en la familia, sino en el público, en el trabajo profesional y en la vida social.
2. En segundo lugar, y de acuerdo con el planteamiento de Hegel, se mantenía la primacía de los valores tradicionalmente considerados como "masculinos": se defendía así la independencia frente a la interdependencia, la agresividad sobre el cuidado, la competencia sobre la cooperación y la producción sobre la reproducción.

De este modo, el primer feminismo sostenía que la mujer, para realizarse personalmente, tenía que convertirse en "otro hombre", asumiendo los valores de la competencia y el éxito. En realidad, este feminismo era radicalmente individualista. En sus fundamentos se encontraban las tesis de Mandeville y de Nietzsche, los cuales, como es bien conocido, consideraban la *pietas* y el cuidado al otro como algo degradante y propio de la condición de esclavos. Por ello, la familia se convierte en el peor lugar para la realización personal, tanto de hombres como de mujeres. En realidad, se considera, prácticamente, como una especie de "campo de concentración". Por otro lado, el cuidado intransferible, aquel que sólo puede llevar a cabo una persona en su situación determinada, como es el caso de la mujer en el periodo de gestación, se considera algo represivo e indigno. En realidad, el cuidado que crea dependencia, el que compromete realmente a la persona, como por ejemplo la atención a los hijos, es totalmente rechazado.

De todo ello se deducen, siguiendo a Ballesteros, las siguientes consecuencias prácticas:

1. En primer lugar, el trabajo del ama de casa se considera despreciable y no puede ser tenido en cuenta como un ámbito de realización personal. En realidad, se entiende que esclaviza a la persona.
2. El derecho fundamental es el de controlar la natalidad. De este modo, los anticonceptivos pasan a ser considerados como la clave para la igualdad, y el aborto se reclama como un derecho básico. La llamada salud reproductiva consiste, fundamentalmente, en la decisión de no reproducirse.

Esta desvalorización del cuidado intransferible y de la maternidad aparece especialmente clara en la obra de Simón de Beauvoir. Para esta autora, la mujer es realmente un "hombre" con un cuerpo "molesto", sometido a procesos que se le escapan. Y, lo que es peor, expuesto a la posible reproducción. Se parte, por ello, de una hostilidad a la naturaleza, a lo dado y naturalmente propio de la mujer. Su realización como persona estaría, por ello, estrechamente relacionada con la posibilidad de eliminar la maternidad. Como en Sartre, la hostilidad a la naturaleza, a todo aquello que limita la total y radical disponibilidad del sujeto, le lleva a defender explícitamente el aborto. En este sentido, es muy sintomático que Simone de Beauvoir dedicara un capítulo de su libro *El segundo sexo* a negar la existencia de un "instinto materno".

Es fácil de constatar que éste planteamiento ha llegado hasta nuestros días, y está ampliamente difundido en las sociedades occidentales. Así, se advierte, por un lado, la existencia, de una devaluación de la maternidad, del cuidado de la familia, de los débiles y enfermos. Y, por otro, una mayor potenciación de los valores tradicionalmente considerados como masculinos. Estas ideas también se encuentran difundidas en los organismos internacionales, especialmente en Naciones Unidas. Así, resulta significativo que hace ya más de 10 años el Comité para la eliminación de la discriminación de las mujeres de las Naciones Unidas solicitara la cancelación de la fiesta de la madre «por estar demasiado ligada a una visión tradicional de la mujer».

En definitiva, este feminismo consiguió grandes logros, pero también condujo a la pérdida de la identidad femenina, de lo que históricamente había sido la "cultura femenina". Asimismo, partía de negar la importancia del cuidado al otro y, por lo tanto, de la dedicación a la familia. Cerraba, por ello, los ojos a la realidad. Y es que todo ser humano está

necesitado de cuidados, de un lugar en el que se nos quiera por nosotros mismos. Desde el nacimiento hasta la muerte todo hombre y mujer somos seres necesitados. De ahí que la dimensión del "cuidado" sea algo insustituible.

San Josemaría vivió una época de gran turbulencia de ideas. Los movimientos feministas surgían con fuerza y luchaban contra las grandes desigualdades existentes en materia de educación, en el orden jurídico, cultural, etc. Por ello, es importante dejar constancia, en primer lugar, de que, en un momento histórico, en el que social y jurídicamente, no era aceptada la igualdad entre el hombre y la mujer, San Josemaría vio con clarividencia que esto era un error. Por ello, defendió, con coherencia, la igual dignidad de ambos, también en el plano eclesiástico, jurídico y político. En este sentido, en 1968, afirmaba en una entrevista:

"En un plano esencial - que ha de tener su reconocimiento jurídico, tanto en el derecho civil como en el eclesiástico- sí puede hablarse de igualdad de derechos, porque la mujer tiene, exactamente igual que el hombre, la dignidad de persona y de hija de Dios...La presencia de la mujer en el conjunto de la vida social es un fenómeno lógico y totalmente positivo...Una sociedad moderna, democrática, ha de reconocer a la mujer su derecho a tomar parte activa en la vida política, y ha de crear las condiciones favorables para que ejerciten ese derecho todas las que lo deseen".

Y con respecto, específicamente, al ámbito eclesiástico, sostenía:

"Si se exceptúa la capacidad jurídica de recibir las sagradas órdenes - distinción que por muchas razones, también de derecho positivo, considero que se ha de retener- pienso que a la mujer han de reconocérsele plenamente en la Iglesia -en su legislación, en su vida interna y en su acción apostólica- los mismos derechos y deberes que a los hombres: derecho al apostolado, a fundar y dirigir asociaciones, a manifestar responsablemente su opinión en todo lo que se refiera al bien común de la Iglesia" .

Piensen lo que significaba que un sacerdote pronunciara estas palabras en los años sesenta, cuando una mujer casada no podía disponer de sus propios bienes sin autorización legal del marido.

Pero, al mismo tiempo, no cayó en los errores del feminismo radical. Por ello, rechazó la existencia de una contraposición entre el ámbito privado y el público. Comprendió que pretender enfrentar estas dos dimensiones de la vida de la persona es una equivocación. Y así afirmaba:

"...me parece oportuno no contraponer esos dos ámbitos...Lo mismo que en la vida del hombre, pero con matices muy peculiares, el hogar y la familia ocuparán siempre un puesto central en la vida de la mujer...insistir en la contraposición sistemática (entre el ámbito de lo público y el de lo privado) llevaría fácilmente, desde el punto de vista social, a una equivocación mayor que la que se trata de corregir, porque sería mas grave que la mujer abandonase la labor con los suyos".

Y en otro lugar, afirmaba:

"(la importancia de la familia) no se opone a la participación en otros aspectos de la vida social y aún de la política, por ejemplo. También en esos sectores puede dar la mujer una valiosa contribución, como persona, y siempre con las peculiaridades de su condición femenina...Es claro que tanto la familia como la sociedad, necesitan esa aportación especial, que no es de ningún modo secundaria".

La conciencia de las insuficiencias del feminismo liberal, fundamentalmente la pérdida de la propia identidad de la mujer, de la familia y de la cultura del cuidado, dio origen, en los años setenta, a nuevos movimientos feministas que intentaron realizar una profunda crítica a esta situación. En estos movimientos se admite lo que de positivo ha tenido el primer feminismo, en su dura lucha por la igualdad de derechos entre hombre y mujer. Pero, junto a ello, se pretende cambiar los presupuestos de los que partía el feminismo liberal.

1. Así, en primer lugar, se defiende la identidad y la específica aportación de la mujer a la sociedad. Se sostiene que ésta, para realizarse personalmente, no debe pretender realizar una burda imitación del hombre. Es necesario asumir la propia especificidad, sin imitaciones absurdas. Sobre este punto alertó convenientemente San Josemaría. En este sentido, afirmó:

"La mujer ha de desarrollar su propia personalidad, sin dejarse llevar de un ingenuo espíritu de imitación que - en general -, la situaría fácilmente en un plano de inferioridad y dejaría incumplidas sus posibilidades más originales. Si se forma bien, con autonomía personal, con autenticidad, realizará eficazmente su labor, la misión a la que se siente llamada, cualquiera que sea, su vida y su trabajo serán realmente constructivos y fecundos, llenos de sentido".

Y en otro lugar, sostenía:

"La igualdad ante el derecho, la igualdad de oportunidades ante la ley, no suprime, sino que presupone y promueve esa diversidad, que es riqueza para todos".

En esta línea, los nuevos planteamientos feministas han insistido en valorar la riqueza que la mujer puede aportar a la sociedad en su conjunto. Es más, han comprendido que la presencia de la mujer en todos los ámbitos de la vida social es necesaria, hoy más que nunca, en una cultura, como la nuestra, de corte racionalista, individualista e insolidario. En este sentido, podemos señalar que, por ejemplo, el 22 de mayo del 2001 se inauguró en Roma un congreso sobre "Mujeres y culturas en la perspectiva de un nuevo feminismo". La iniciativa, organizada por el Ateneo Pontificio «Regina Apostolorum», reunió a algunas de las mujeres más influyentes en el mundo de la cultura, la política o de la vida profesional de varios países de los diferentes continentes. El padre Paolo Sacarafoni, rector del Ateneo «Regina Apostolorum», al ser preguntado sobre las razones que habían conducido a un centro universitario eclesiástico a organizar un congreso de esta temática, afirmó:

"Queremos discutir y profundizar la idea de un nuevo feminismo que apunte sobre todo hacia la valoración de las cualidades características de la mujer. Creemos que el respeto de los derechos de la mujer es algo fundamental, pero no en un contexto de antagonismo con el hombre. Queremos ver a la mujer con otros ojos, con el nuevo feminismo que es iluminado por la razón y la revelación. Queremos desarrollar la idea lanzada por Juan Pablo II de valorar y promover el "genio femenino".

2. En segundo lugar, estos nuevos movimientos feministas otorgan radical importancia a una dimensión trascendental de la persona, el cuidado al otro. Se comprende que el ser humano es más el mismo cuanto más son los otros para él. Es claro que la persona, hombre y mujer, se construye en relación con los otros. La relación es así el elemento constitutivo radical de la existencia humana. De ahí el carácter central del cuidado al otro. En realidad, la defensa de la dignidad humana sólo puede partir del reconocimiento de la prioridad del cuidado al otro. Solo así se conseguirá la verdadera humanización. En este sentido, Juan Pablo II, en la *Mulieris dignitatem* ha hecho hincapié en que la superioridad ética de la mujer radica en su capacidad para cuidar al ser humano, para ser custodia de la vida.

Este planteamiento, que intenta sentar las bases de una sociedad más humana, ha sido también expuesto por la profesora norteamericana Jean Bethke Elstain, en su libro *Public man, Private Woman*. En sus palabras:

"Una alternativa a la protesta feminista que busca la completa absorción de la mujer dentro de la sociedad mercantil debiera no perder contacto con la esfera tradicional de la mujer. El mundo de la mujer surgió de un troquel de cuidado y preocupación por los demás. Cualquier comunidad humana viable debe tener entre sus miembros un sector importante dedicado a proteger su vulnerabilidad. Históricamente ésa ha sido la misión de la mujer. Lo lamentable no es que la mujer refleje una ética de responsabilidad social, sino que el mundo público, en su mayoría, haya repudiado dicha ética".

Este nuevo modelo de relación varón-mujer quiere, por tanto, compaginar, al mismo tiempo, la lucha por la igualdad de derechos, campo en el que aún queda mucho por hacer, con la defensa de los caracteres diferenciales de la mujer, estrechamente conectados a su posibilidad de ser madre. En ello radicaría su modo genuino de pensar que, en palabras de Ballesteros, supera, en muchos casos, la lógica fría y calculadora, por la lógica del corazón.

Así escribe Alessandra Bochetti, Directora del Centro Virginia Wolff de Roma, y una de las principales representantes de este nuevo feminismo en Europa:

"La maternidad ha enseñado a las mujeres a no separar el corazón de la razón".

En esta misma línea, San Josemaría ya destacó la importancia del servicio y del cuidado a los demás como clave para la realización personal. Así, por ejemplo, en el punto 440 de Camino, señalaba:

"Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes. ¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!

Y en varias ocasiones se refirió a lo que denominaba el "arte de cuidar". Es importante destacar que para él, y en contraste con el productivismo moderno, el cuidado es una actividad que tiene sentido humano y sobrenatural en sí mismo, con independencia de su resultado. Su centro de atención no es el producto final, el resultado conseguido, sino la dimensión humana y sobrenatural de la buena acción en sí, en la que cobran especial relevancia los pequeños detalles. En este sentido, podemos mencionar la frase de Machado, recordada, en muchas ocasiones, por el propio San Josemaría Escrivá: "Despacito y buena letra. El hacer las cosas bien importa más que el hacerlas".

En realidad, la importancia de las cosas pequeñas, hechas por Amor, es un punto central del mensaje de san Josemaría. Nunca se cansó de hablar de la importancia de la buena práctica en sí, de la trascendencia humana y sobrenatural de las cosas pequeñas. Así, en "Camino", señalaba:

"Hacedlo todo por Amor. Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo".

También en la misma línea, Monseñor Javier Echevarría, actual Prelado del Opus Dei, afirma:

"Minusvalorar el servicio a los demás refleja una actitud poco humana y poco cristiana. Porque, ¿no ha sido el mismo Cristo quien nos ha dicho que "no he venido a ser servido sino a servir"? El hombre se encuentra a si mismo y se realiza en la donación. Descubrir el amor que se esconde detrás de un pequeño detalle de servicio es una muestra de profunda sabiduría".

3. En tercer lugar, este nuevo feminismo vuelve a otorgar a la familia un papel central en la sociedad. En este punto, San Josemaría fue un luchador incansable. Resaltó, frente al individualismo moderno, la importancia de considerar a la familia, como el lugar en el que se crean aquellos lazos que permiten un desarrollo armónico e integral de los seres humanos. Predicó y escribió textos de una gran hondura sobre la familia y sobre el espíritu que debe impregnarla. Me ha sido realmente difícil escoger uno. Entre ellos, por ejemplo, en su libro de homilías *Es Cristo que pasa*, decía:

"La familia es escuela de virtudes y el lugar ordinario donde hemos de encontrar a Dios. La fe y esperanza se han de manifestar en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes que en todos los lugares ocurren, en la ilusión con la que se persevera en el cumplimiento del propio deber. La caridad lo llenará así todo, y llevará a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria".

Y, más específicamente sobre la mujer, continuaba afirmando:

"El hogar - cualquiera que sea...- es un ámbito particularmente propicio para el crecimiento de la personalidad. La atención prestada a su familia será siempre para la mujer su mayor dignidad: en el cuidado de su marido y de sus hijos o, para hablar en términos más generales, en su trabajo por crear en torno suyo un ambiente acogedor y formativo- la mujer cumple lo más insustituible de su misión y, en consecuencia, puede alcanzar ahí su perfección personal".

Pero la familia no era, para él, sólo el lugar imprescindible para el desarrollo humano integral, sino también el ámbito en el que se puede desarrollar una verdadera vocación, la vocación al matrimonio. No voy a extenderme sobre este punto, ya que no dispongo de tiempo para ello.

Volviendo al nuevo feminismo, es importante resaltar que, en definitiva, intenta cimentar una sociedad más humana, partiendo, como señala Castilla, de la necesidad construir una familia con padre y una cultura con madre. Porque la realidad es que cada hijo necesita el amor de su padre y de su madre y, además, el cariño que ambos se tienen entre sí. Sólo así la familia será escuela de virtudes y de verdadera humanidad. Por ello, la clave está en entender que aquellos valores que han sido considerados como propios de la condición femenina -el cuidado, la atención diligente a los demás, a la buena práctica en sí-, no deben ser privativos ni exclusivos de ella. Por el contrario, son igualmente indispensables para el varón, intentando evitar que se convierta en una especie de "energúmeno", preocupado sólo por el poder y la competencia.

De ahí lo obligatorio para el varón de cultivar las actitudes de respeto, cuidado y valoración de la vida, de su activa presencia en el hogar, y de su colaboración en igualdad con la mujer, en las tareas del mismo. En este sentido, el actual Prelado del Opus Dei, Monseñor Javier Echevarría, ha señalado recientemente:

"En estos años se ha hablado mucho, justamente, de la necesidad de que la mujer no vea reducida su actividad sólo al trabajo doméstico...Pienso que para completar este razonamiento, habría que mencionar también la obligación que tiene el hombre de "entrar" en el hogar. El hombre ha de notar también personalmente esa "tensión" entre su trabajo en el hogar y su trabajo fuera".

Por otro lado, es importante destacar que también las estructuras laborales y sociales necesitan del "genio" y de los valores que tradicionalmente ha representado la mujer. Y ello, para hacerlas habitables, para que se acomoden a las necesidades de cada etapa de la vida de las personas, para que cada ser humano pueda dar, en cada circunstancia, lo mejor de sí mismo. De este modo, el mundo del trabajo necesita la presencia de la mujer-madre, para que ayude a configurarlo en función de la persona y de la familia, y no al revés. Se trataría de incorporar a la vida pública lo mejor del ámbito privado, como el cuidado, la ayuda a los demás, o el trabajo bien hecho y el amor a los pequeños detalles.

Quiero acabar con unas palabras de San Josemaría sobre la aportación de la mujer a la sociedad:

"En virtud de las dotes naturales que le son propias, la mujer puede enriquecer mucho la vida civil. Esto salta a la vista si nos fijamos en el vasto campo de la legislación familiar o social. Las cualidades femeninas asegurarán la mejor garantía de que habrán de ser respetados los auténticos valores humanos y cristianos, a la hora de tomar medidas que afecten de alguna manera a la vida de la familia, al ambiente educativo, al porvenir de los jóvenes".